

Lo miré estupefacto. En la faz del marino se había pintado un indecible dolor.

—Pero usted, agregó después, es de la ciudad, de la gran ciudad, y no verá las cosas como las ven mis compañeros los aldeanos.

—Tranquilízate. Quedarás contento de mí.

Pasaron seis semanas hasta un medio día en que el cañon tronó contra la flota china.

—Ives, ya sabes que vamos a batirnos. De ti depende rescatar en un solo día la mala reputación que te has creado.

—No se condena al peor de los asesinos sin oírlo, agregó. Usted ha oído la acusación brutal, fuerza es que escuche la defensa.

—Hicieron señas de aquiescencia y Jaime Norec dió principio á la relación de su sombría historia.

—No quiero importunar á usted con detalles fastidiosos. Nací muy cerca de aquí, en Garrin, y no conocí á mi padre, que murió en una tormenta cuando yo contaba sólo tres años.

—Ives, mi hermano tenía un apéndice. A los catorce años me enganché en calidad de grumete á bordo de un buque mercante.

—Después de una prolongada ausencia obtuve permiso para pasar ocho días en tierra, y corrí gozoso á la casita paterna para abrazar á mi madre, á quien enviaba religiosamente mi soldada.

—Reprimió los sollozos que lo ahogaban, y continuó: —Supe cosas terribles. Mi hermano Ives, en vez de trabajar, merodeaba por la costa y hasta hacía de contrabandista si se le presentaba la ocasión.

—No pudo responderme. Alargué hácia él la mano que tenía libre. Temblaba como un hilo. Soltó el timón y le puse la mano en la boca en el momento en que iba á dejar escapar ese grito espantoso que arranca el miedo á sus víctimas.

—Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Cuando el navío enorme ya no parecía sino una masa informe destacada en el horizonte, nosotros avanzamos á todo vapor. El navío se bañó con la luz de sus proyectores eléctricos, listo á lanzar metralla sobre nuestra débil embarcación.

—Atención! dijo el comandante en voz baja, ni una palabra más.

—Nos aproximamos evitando cuidadosamente el círculo luminoso. En ese momento terrible en que jugábamos la vida, miré á mi hermano, y á pesar de la noche distinguí la contracción nerviosa del espanto en sus facciones.

—¿Tienes miedo? le dije al oído con voz que era apenas un suspiro.

—No pudo responderme. Alargué hácia él la mano que tenía libre. Temblaba como un hilo. Soltó el timón y le puse la mano en la boca en el momento en que iba á dejar escapar ese grito espantoso que arranca el miedo á sus víctimas.

—Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Cuando el navío enorme ya no parecía sino una masa informe destacada en el horizonte, nosotros avanzamos á todo vapor. El navío se bañó con la luz de sus proyectores eléctricos, listo á lanzar metralla sobre nuestra débil embarcación.

—Atención! dijo el comandante en voz baja, ni una palabra más.

—Nos aproximamos evitando cuidadosamente el círculo luminoso. En ese momento terrible en que jugábamos la vida, miré á mi hermano, y á pesar de la noche distinguí la contracción nerviosa del espanto en sus facciones.

—¿Tienes miedo? le dije al oído con voz que era apenas un suspiro.

—No pudo responderme. Alargué hácia él la mano que tenía libre. Temblaba como un hilo. Soltó el timón y le puse la mano en la boca en el momento en que iba á dejar escapar ese grito espantoso que arranca el miedo á sus víctimas.

—Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Cuando el navío enorme ya no parecía sino una masa informe destacada en el horizonte, nosotros avanzamos á todo vapor. El navío se bañó con la luz de sus proyectores eléctricos, listo á lanzar metralla sobre nuestra débil embarcación.

—Atención! dijo el comandante en voz baja, ni una palabra más.

—Nos aproximamos evitando cuidadosamente el círculo luminoso. En ese momento terrible en que jugábamos la vida, miré á mi hermano, y á pesar de la noche distinguí la contracción nerviosa del espanto en sus facciones.

—Ives, ya sabes que vamos a batirnos. De ti depende rescatar en un solo día la mala reputación que te has creado. Espero que no flaquees.

—Tranquilízate. Quedarás contento de mí.

Pasaron seis semanas hasta un medio día en que el cañon tronó contra la flota china.

—Ives estaba junto á mí en un cañon. Silbó una bala por entre el cordaje y vi á mi hermano sacudido por un temblor nervioso.

La mirada severa que le dirigí pareció calmarlo, pero cuando llovió sobre nosotros la metralla, lo vi palidecer terriblemente y permanecer inmóvil, inconsciente en el tron del cañoneo.

A poco se dió orden de lanzar el torpedero á caza del enemigo, que huía. Solicité del comandante, para mi hermano y para mí, el honor de formar parte de la tripulación del torpedero.

El comandante me miró durante algunos instantes, y me dijo: —A ti, persupuesto; pero, á tu hermano...

—Mi comandante, contesté avergonzado, respondo de él como de mí mismo.

—Yo te conozco. Eres un valiente. Embarcaos.

Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Cuando el navío enorme ya no parecía sino una masa informe destacada en el horizonte, nosotros avanzamos á todo vapor. El navío se bañó con la luz de sus proyectores eléctricos, listo á lanzar metralla sobre nuestra débil embarcación.

—Atención! dijo el comandante en voz baja, ni una palabra más.

—Nos aproximamos evitando cuidadosamente el círculo luminoso. En ese momento terrible en que jugábamos la vida, miré á mi hermano, y á pesar de la noche distinguí la contracción nerviosa del espanto en sus facciones.

—¿Tienes miedo? le dije al oído con voz que era apenas un suspiro.

—No pudo responderme. Alargué hácia él la mano que tenía libre. Temblaba como un hilo. Soltó el timón y le puse la mano en la boca en el momento en que iba á dejar escapar ese grito espantoso que arranca el miedo á sus víctimas.

Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Cuando el navío enorme ya no parecía sino una masa informe destacada en el horizonte, nosotros avanzamos á todo vapor. El navío se bañó con la luz de sus proyectores eléctricos, listo á lanzar metralla sobre nuestra débil embarcación.

—Atención! dijo el comandante en voz baja, ni una palabra más.

—Nos aproximamos evitando cuidadosamente el círculo luminoso. En ese momento terrible en que jugábamos la vida, miré á mi hermano, y á pesar de la noche distinguí la contracción nerviosa del espanto en sus facciones.

—¿Tienes miedo? le dije al oído con voz que era apenas un suspiro.

—No pudo responderme. Alargué hácia él la mano que tenía libre. Temblaba como un hilo. Soltó el timón y le puse la mano en la boca en el momento en que iba á dejar escapar ese grito espantoso que arranca el miedo á sus víctimas.

Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Cuando el navío enorme ya no parecía sino una masa informe destacada en el horizonte, nosotros avanzamos á todo vapor. El navío se bañó con la luz de sus proyectores eléctricos, listo á lanzar metralla sobre nuestra débil embarcación.

—Atención! dijo el comandante en voz baja, ni una palabra más.

—Nos aproximamos evitando cuidadosamente el círculo luminoso. En ese momento terrible en que jugábamos la vida, miré á mi hermano, y á pesar de la noche distinguí la contracción nerviosa del espanto en sus facciones.

—¿Tienes miedo? le dije al oído con voz que era apenas un suspiro.

—No pudo responderme. Alargué hácia él la mano que tenía libre. Temblaba como un hilo. Soltó el timón y le puse la mano en la boca en el momento en que iba á dejar escapar ese grito espantoso que arranca el miedo á sus víctimas.

Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Ives, ya sabes que vamos a batirnos. De ti depende rescatar en un solo día la mala reputación que te has creado. Espero que no flaquees.

—Tranquilízate. Quedarás contento de mí.

Pasaron seis semanas hasta un medio día en que el cañon tronó contra la flota china.

—Ives estaba junto á mí en un cañon. Silbó una bala por entre el cordaje y vi á mi hermano sacudido por un temblor nervioso.

La mirada severa que le dirigí pareció calmarlo, pero cuando llovió sobre nosotros la metralla, lo vi palidecer terriblemente y permanecer inmóvil, inconsciente en el tron del cañoneo.

A poco se dió orden de lanzar el torpedero á caza del enemigo, que huía. Solicité del comandante, para mi hermano y para mí, el honor de formar parte de la tripulación del torpedero.

El comandante me miró durante algunos instantes, y me dijo: —A ti, persupuesto; pero, á tu hermano...

—Mi comandante, contesté avergonzado, respondo de él como de mí mismo.

—Yo te conozco. Eres un valiente. Embarcaos.

Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Cuando el navío enorme ya no parecía sino una masa informe destacada en el horizonte, nosotros avanzamos á todo vapor. El navío se bañó con la luz de sus proyectores eléctricos, listo á lanzar metralla sobre nuestra débil embarcación.

—Atención! dijo el comandante en voz baja, ni una palabra más.

—Nos aproximamos evitando cuidadosamente el círculo luminoso. En ese momento terrible en que jugábamos la vida, miré á mi hermano, y á pesar de la noche distinguí la contracción nerviosa del espanto en sus facciones.

—¿Tienes miedo? le dije al oído con voz que era apenas un suspiro.

—No pudo responderme. Alargué hácia él la mano que tenía libre. Temblaba como un hilo. Soltó el timón y le puse la mano en la boca en el momento en que iba á dejar escapar ese grito espantoso que arranca el miedo á sus víctimas.

Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Cuando el navío enorme ya no parecía sino una masa informe destacada en el horizonte, nosotros avanzamos á todo vapor. El navío se bañó con la luz de sus proyectores eléctricos, listo á lanzar metralla sobre nuestra débil embarcación.

—Atención! dijo el comandante en voz baja, ni una palabra más.

—Nos aproximamos evitando cuidadosamente el círculo luminoso. En ese momento terrible en que jugábamos la vida, miré á mi hermano, y á pesar de la noche distinguí la contracción nerviosa del espanto en sus facciones.

—¿Tienes miedo? le dije al oído con voz que era apenas un suspiro.

—No pudo responderme. Alargué hácia él la mano que tenía libre. Temblaba como un hilo. Soltó el timón y le puse la mano en la boca en el momento en que iba á dejar escapar ese grito espantoso que arranca el miedo á sus víctimas.

Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Cuando el navío enorme ya no parecía sino una masa informe destacada en el horizonte, nosotros avanzamos á todo vapor. El navío se bañó con la luz de sus proyectores eléctricos, listo á lanzar metralla sobre nuestra débil embarcación.

—Atención! dijo el comandante en voz baja, ni una palabra más.

—Nos aproximamos evitando cuidadosamente el círculo luminoso. En ese momento terrible en que jugábamos la vida, miré á mi hermano, y á pesar de la noche distinguí la contracción nerviosa del espanto en sus facciones.

—¿Tienes miedo? le dije al oído con voz que era apenas un suspiro.

—No pudo responderme. Alargué hácia él la mano que tenía libre. Temblaba como un hilo. Soltó el timón y le puse la mano en la boca en el momento en que iba á dejar escapar ese grito espantoso que arranca el miedo á sus víctimas.

Ives y yo fuimos colocados en el timón. Una hora después divisamos un gran navío chino, á toda vela. El torpedero acortó el andar, á fin de aguardar la noche.

—Cuando el navío enorme ya no parecía sino una masa informe destacada en el horizonte, nosotros avanzamos á todo vapor. El navío se bañó con la luz de sus proyectores eléctricos, listo á lanzar metralla sobre nuestra débil embarcación.

RIMAS.

Un viaje voy á hacer largo y penoso del que quizá no vuelva al mundo del amor que por los ojos de la que adoro empieza.

Si al regreso me veis enfermo y triste no me busqueis remedio porque sería disputarle en vano su presa al cementerio!

¿Sabes por qué esa rosa que en el pelo tenías se marchitó? Porque á tu frente se inclinó curiosa y al mirar tu belleza esplendorosa la envidia la mató!

Me paseaba por un bosque de ilusiones á la sombra de muchos pensamientos, alcé la mano y arranqué una idea y la incrusté á pedazos en un verso.

CUATRO SOCIALISTAS.

Por extraordinario, estaba la mar como una balsa de aceite. Las olas de un verde vítreo, alrededor de la embarcación, eran á lo lejos, bajo los rayos del sol, una sábana azul, tersa y sin límites. La hélice del vaporcillo batía el agua con rapidez, alzando, entre oleras de salitre, espuma bulle y rucorosa.

De los pasajeros que se habían embarcado en Oadiz con rumbo á las africanas costas, cuatro, agrupados en la popa, conversaban. No se ha visto cosa más heterogénea que las cataduras de los cuatro. Uno era membrudo y rechoncho, y á pesar de vestir la holgada blusa del obrero, á tiro de balasta se le conocía ser de aquellos del brazo de hierro y de la mano airada, y que había de caerle bien á su tipo majo el maresellés y el zapato vaquerizo. Gastaba patillas negras, y chupaba un puro grueso y apastoso. El otro, caballero por su ropa y por sus trazas, era alto y descolorido, de cara inteligente y seria; sus ojos míopes, fatigados, de rojo y lacio párpado, los amparaban lentes de oro. El tercero era un viejecito, tan viejecito, que le temblaba la barba al hablar, y la falta de dientes le sumía la boca debajo de la nariz, y si no mentía el burdo sayalote negruzco, el manto de la misma tela y color, con cruz roja, el cordón de triple nudo y las sandalias, pertenecía á alguno de los numerosos colegios de Misioneros franciscanos establecidos en el litoral de África. El cuarto... es decir, la cuarta, llevaba el desairado hábito de las Hermanitas de los pobres; era joven, coloradilla, de cara inocentona y alegre, parecida á la de ciertas efigies de palo que se ven en los templos de aldea. El obrero estaba sentado sobre un fardo, con las piernas muy esparrocadas; los demás, de pie, recinados en la borda.

—Pues ná, que el hombre se cansa de vivir á la sombra y aguantando malquereres,—gruñó el de la blusa, cecando y escupiendo de costado.—O ha de ser uno borreguino que diga amen á cuanto se le anteje al patron, y se deje chupar la sangre toda, ó ya se fastidiao. Y á luego te cuelgan á usté el sambenito: que levanta usté de cascos á los demás, y que donde está usté se armó la gresea. Porque me vieron en un mitin, ya íoo Dios que se desmandaba tenía yo la culpa. Porque un día cao una peletera cerilla... un descaído... en el almacén, y se alza una llamará que se quería tragar la fábrica... ¿quién había de ser? Curro, y apostá. Yasté ve que... fumado.

—Pues mucho caidito,—respondió el de los lentes,—con que en el gran establecimiento agrícola industrial en que le daré á usted trabajo, caiga cerilla ninguna... ¡Eh!

Porque yo tengo tan malas pulgas como los patronos.

—Y es la hija; tóos los burgueses idénticos,—dclaró el obrero con voz opaca y sombrío mirar.

—No soy burgués,—repuso con imperceptible desden el aludido.—Mi padre hacía zapatos en Keija. A fuerza de privaciones, me dió carrera. Seguí la de ingeniere mecánico. No poseo un céntimo de capital, sólo tengo mi cabeza y mi corazón. Paso al Africa á dirigir en parte una empresa que se funda con dinero inglés y brazos españoles, á competencia con las industrias francesas, que son allí las boyantes. Estaré al frente de los talleres. Se me ha dado carta blanca, y podré aplicar las nuevas y humanitarias ideas sociológicas, relativas á la vida fabril. Bajo mi dirección no habrá explotados. Se amparará á la mujer y al niño. Se ensayará la cooperación. Moralidad, equidad y justicia. Si no, dejo el puesto. Pero... ¡al que me revuelva el octarrol... sin escarpulo ninguno, y como á un lobo rabioso... le salto la tapa de los sesos! Usted verá si le trae cuenta entrar en mis talleres.

Habíase puesto de pié el obrero, y en sus morenas facciones y por su frente de bronce, expuesta al sol, corrían como olas enroscadas arrugas profundas, surcos de odio. Su mano se crispó en la cintura, señalando bajo la blusa el relieve del ancha navaja cabriera. Mas de pronto, y sin transición, con la movilidad del meridional, adeóptó expresión halagüena, melosa, casi humilde, y dirigiéndose al franciscano y á la hermanita más que al de los lentes, exclamó: —Pues no que no entraría! Clavos timoneros soy capaz de arrancar con los dientes pa enviar algo de pan de á la mujer y á los chiquitios. El corazón traigo como una lenteja de que se me queden allí hambreado, des pues de tantas crujiadas y tantas necesidades como aguantaron ya en este pinturero mundo. En especial la gurrumiaija de once meses, me la llevaría yo, si pudiera, en los hombros, como San Cristóbal, y la daría yo tortas de almibar amasás con mi sangre. ¡Por estas!

Y al besar la cruz de los dedos, una lágrima asemó repentinamente á los lagrimales del anarquista incendiario. —¡Válgame la Virgen Santísima, qué desgracias hay en la tierra!—exclamó la Hermanita con simpatía profunda. —Eso está muy bien,—pronunció con calma el ingeniero.—Quiera usted mucho á sus chicos, y trabaje para ellos, y no se ladée... y le ira mejor. De los atentados y los crímenes, no nace la justicia social. ¿A que el padre está conforme?—añadió dirigiéndose al franciscano.

—Entiendo poco de estas novedades de ahora,—contestó el fraile afablemente, en voz cascada y lenta.—Yo, con decir misa, confesar y obedecer... Lo único que eses que nos sotro, desde hace quinientos años, vivimos bajo el sistema de la comunidad de bienes. Por nosotros, aunque todo se repartiera... Ya ve usted: no podemos poseer ni el valor de un céntimo; no somos propietarios ni aun del sayal que nos cubre. Si usted me pregunta sobre eso, de que tanto se habla, del socialismo... un pobrecito fraile como yo, lo único que opina es que los ricos, por su propia conveniencia y para ganar el cielo, deben ablandarse de entrañas y dar mucha limosna... y los pobres ser resignados y laboriosos, porque dice el Evangelio que pobres siempre los habrá en el mundo, siempre...

—Bonito consuelo de tripas!—gruñó el anarquista. —¿Qué hizo nuestro santo Patriarca?—prosiguió el viejecito con una llama de entusiasmo en las pupilas.—Dió cuanto tenía á los pobres... No quiso propiedad, no quiso dinero, porque la codicia es la que estraga el corazón... Nos descalzó, nos mandó pedir limosna... Quiso que todos fuésemos iguales, sin vanidades, ni distinciones, ni soberbias tonas, que se han de acabar en el se padre... ¡Hablan de nivelación social! Me parece que para nivelados... Que lo diga aquí la Hermanita; es cosa muy buena el ser libre y pobre; el dar de pentapiés, así, con la

sandalia, al mundo y á las riquezas malditas.

—¡Ay, padre!—respondió la simplicona.—Ya que pregunta á servidora... si no me regaña... le diré mi parecer. No soy como usted. Soy muy codiciosa. ¡Vaya si me gustaría que se repartiesen tantos millones como andan por ahí mal empleados! Cogería ser vidora un par de cientos de millonitos... y ¡anda con ella!

—Hermana Belen!—advirtió severamente el fraile.

—Pero, padre Salvador! Usted es un santo, y como es un santo, ni ve, ni oye, ni entiende. ¿Ha estado en Madrid, en alguno de esos palacios tan afroces? Servidora sí... que me llevó la mujer del cochero á ver las Cuadras de aquel grandísimo que está junto á Recoletos... antes de la Castellana. ¡Padre del alma! Hasta espejos y fuentes, y pilas de mármol blanco, y alfombras tenían los caballos allí. ¡Y nuestros ancianitos sin mantas con qué abrigarse en el invierno, arrecidos, tiritando! ¡Y los niños, ángeles míos, traspillados de miseria! No me llame tonta... yo sé lo que me digo... Había un perrito de la señora marquesa, que me lo trajeron en un cesto acolchado de raso, y era un bicho horrible... con unos pelos... una rata me pareció, tanto que servidora pegó un chillido, así: ¡Uyy! Pues el perro había costado allá en Inglaterra 5,000 pesetas... ¡Usted lo oye, padre! Cinco mil... Con cinco mil pesetas se echan los cientos del Asilo para los ancianos... ¡Y al avechuchado aquel que me lo lavaban con jabón y agua de olor todos los días!... ¡Que si quiero repartos!

La carita de madera se había transfigurado; una ráfaga de pasión hacía brillar los ojos, fruncióse las cejas, palidecieron las mejillas y dilatase la nariz redonda. —Si no fuera tan sencilla como es, hermana Belen, ahora merecía una peluca gorda, —contestó el fraile.—Baje, bajo á la cámara á ver cómo sigue del mareo la compañera. La monjita obedeció, cruzando las manos, y echó á andar, sonándole las cuentas del rosario cuando bajaba la escalera. El vapor volaba, como si le animase la proximidad de la costa.

A lo lejos se divisaba ya el faro de Tángier, EMILIA PARDO BAZAN. —¡MADRE MIA!

Háblame con la voz de la ternura, Deja tu casto lecho, madre mia, Que te llaman las aves, y fulgura En tu jardín la luz del nuevo día. La mañana está azul; los tibios lampos Del sol penetran en tu humilde estancia; El himno del amor puebla los campos Y en los setos resurge la fragancia. Ven, mándate en luz de primavera, El ósculo recibe de aura leve; Torna el sol á dorar tu cabellera Que ya el invierno salpicó de nieve. ¡Al grito de mi amor, indiferente Nada respondes! ¡Como el mármol triate Y helada estás, mi bien, mustia la frente Do el calor de mis besos recibiste!

¡Muerta, Señor, y corre por mis venas La sangre sin helarse, y no vacila La bóveda del cielo, y en serenas Ondas, la luz inunda mi pupila! ¡Poeta! Si en tu pecho ruides caído A todo lo que amor sublime inspira, ¿Por qué no estalla tu cerebro estulto, Y arrojas en pedazos esa lira? Si la vida te dió, si ella tu paso Guió cariñosa por la selva oscura; Si cual nitida estrella, desde ocaso, Te señaló la ambicionada altara; ¿Cómo puedes vivir si ella no vive, Si al llamarla contestas el eco ronco? ¡Quién, si la savia se extinguió, concibe Que no mueran las ramas con el tronco! ¡Quién cuida á el plumaje de paloma Con que me alaba cabriste, cuando niño A rezar me enseñabas, y el aroma Del bien en mi vertía tu cariño! Eras rayo de sol para mis brumas,

En mis noches de insomnio, limpia aurora, Con ruido de alas y ballir de espumas, Y para el mal egida bienhechora,

Flores de su jardín, aves del cielo, Que aromas ó preludios la ofrecias; Tended, las unas, el segado vuelo, Buscad lójos de aquí más alegrías!

Flores de su jardín, páldias flores, Amables compañeras del bien mio, Vais á morir del sol á los ardores O de la escarcha con el beso frío.

¡Madre! por ti mi acento en vano clama; Huíste del dolor, como á lo ignoto Vuela el perfume, la divina llama De tu sér se escapó del vaso roto.

Y allá te miro, de irisada nube Circuido tu rostro placentero, Y cuando el grito de mi pecho sube, «Ven, amor mio,—dices—yo te espero»...

MAXIMILIANO GRILLO. Bogotá, Febrero de 1893.

VICTORIA SIMON.

La declararse la guerra, Juan, que á la sazón tenía treinta y tres años, se alistó en clase de soldado y dejó á su madre sola en la casa inmediata á la aldea.

Madame Victoria Simon—que así se llamaba la buena mujer—no inspiró gran lástima á sus vecinos, porque distaba no poco de estar falta de recursos.

Un día llegaron los prusianos, y no hubo más remedio que distribuirlos entre los habitantes. A madame Simon le tocaron cuatro.

Eran cuatro mocetones rubios, gruesos, de ojos azules, y buenos machachos, por más que estuviesen en país conquistado.

Solos en casa de aquella mujer, entrada ya en años, guardábale toda clase de consideraciones, y le evitaban en lo posible gastos y trabajos extraordinarios.

Mientras madame Simon cocinaba, sus alojados fregaban los suelos, mondaban patatas y á veces hasta lavaban la ropa, como cuatro buenos hijos en torno de su madre.

Pero madame Simon pensaba siempre en el suyo y á veces preguntaba á los alemanes: —¿Saben ustedes dónde para el regimiento número 23?

—No, señora,—le contestaban. Y como allá en su tierra tenían tambien sus madres, eslababan de caricias y de cuidados á la pobre anciana.

Un día que madame Simon estaba sola en su casa, vió á lo lejos, en la llanura, la silueta de un hombre que se acercaba á toda prisa.

Al poco tiempo reconoció en él al peaton que distribuía la correspondencia, el cual le entregó una carta.

La anciana sacó sus gafas, rasgó el sobre y leyó lo siguiente: —Madame Simon: La presente tiene por objeto daros una mala noticia. Vuestro hijo Juan fué muerto ayer por una bala de cañon que le dividió en dos partes. Yo estaba á su lado y, antes de abrirse el fuego, me había encargado que si le ocurría una desgracia os la notificase el mismo día.

Le saqué del bolsillo el reloj para llevaroslo cuando termine la guerra.—Cesáreo Rivot, soldado del regimiento número 23.

La carta estaba fechada quince días antes de su recibio.

Madame Simon no lloraba. Permanecía inmóvil, tan absorta y ensimismada, que aún no había comenzado á sufrir.

A los pocos instantes asomaron las lágrimas á sus ojos y el dolor invadió su corazón. Las ideas se sucedían una á otra en su cerebro, siempre crueles y terribles. No volvería á besar á su hijo, partido en dos por un balazo. Los gendarmes habían matado al padre y los prusianos al hijo.

De pronto oyó madame Simon ruido de voces. Eran los alojados que volvían de la aldea. La anciana guardó la carta en el bolsi-